

Getsemaní del Padre

LB, Granollers, 17 julio 2021

Los sentimientos, las emociones, los afectos, forman parte de la naturaleza que el Creador nos dio al hacernos a su imagen.

El pecado, lógicamente, alteró también la esfera de las emociones. El enemigo procura sacar partido de esa circunstancia, y quisiera que nuestra razón sea esclava de las emociones. Aunque ni la razón ni las emociones son malas en ellas mismas, Satanás puede pervertir ambas; pero Dios —en Cristo— ha provisto lo necesario para que ambas puedan gozar de buena salud.

La Biblia nos habla de fluctuaciones en el estado de ánimo hasta de los mejores hombres de Dios. Recordamos a Elías, capaz de enfrentarse valientemente a los poderes de un reino apóstata —con sus falsos profetas de Baal—, para caer en la depresión y huir ante la persecución de Jezabel a pesar de haber experimentado recientemente la intervención milagrosa de Dios en el episodio del Carmelo.

Hay otras personalidades en la Biblia cuyo estado de ánimo nos parece más estable. No obstante, eran humanos y estaban sometidos a la tentación al desánimo lo mismo que nosotros. Ellen White nos informa respecto al ferviente Pablo, señalando que también estaba sujeto a los vaivenes en su estado anímico:

“El amor de Cristo —dijo Pablo— nos constriñe” (2 Corintios 5:14). Tal era el principio que inspiraba la conducta de Pablo; era su móvil. Si alguna vez **su ardor menguaba por un momento en la senda del deber...** { CE 217.3 } { MC 400.2; MH.500.5 } { OE 310.1; GW.293.1 } { 4TI 448.1; 4T.457.1 }

Por el momento dejamos la cita inconclusa. Luego leeremos cómo continúa. De momento sabemos que el apóstol, lo mismo que nosotros, estaba sujeto a una mengua temporal en su ardor en la senda del deber.

Ciertamente no hay problema que pueda afectar al ser humano, para el que el amor de Dios no haya hecho provisión en Cristo.

Os propongo que dediquemos unos minutos a considerar la cruz de Cristo **desde el punto de vista del Padre**.

¿Qué debió significar para el Padre dar a su Hijo unigénito?

Tenemos un pálido reflejo en la experiencia de Abraham al dar a su hijo Isaac, pero:

- Isaac no era portador del pecado
- No se enfrentaba a la muerte eterna
- Nunca se sintió abandonado por su padre

En PP 48-49 (CD: 43-44) tenemos una vislumbre de lo que costó al Cielo nuestra redención:

Cristo cargaría con la culpa y la vergüenza del pecado, que era algo tan abominable a los ojos de Dios, que iba a separar al Padre y su Hijo. Cristo descendería a la profundidad de la desgracia para rescatar la raza caída. Cristo intercedió ante el Padre en favor del pecador, mientras la hueste celestial esperaba los resultados con tan intenso interés que la palabra no puede expresarlo. Mucho tiempo duró aquella misteriosa conversación, el **“consejo de paz”** (Zacarías 6:13) en favor del hombre caído. El plan de la salvación había sido concebido antes de la creación del mundo, pues Cristo es **“el Cordero, el cual fue muerto desde el principio del mundo”** (Apocalipsis 13:8). Sin embargo, **fue una lucha, aun para el mismo Rey del universo, entregar a su Hijo a la muerte por la raza culpable.**

Nos asombra la inmensidad de ese amor de Dios hacia un mundo que no le amaba, hasta el punto de dar a su Hijo por nosotros.

En *PE 126*, el Espíritu Santo abre ante nosotros una ventana al Cielo y nos permite contemplar algunos detalles de ese sublime consejo de paz en el que quedó decidido el destino del mundo y asegurada la salvación del que reciba el amor del Padre en Cristo:

El cielo se entristeció al saber que el hombre estaba perdido y que el mundo creado por Dios iba a poblarse de mortales condenados a la miseria, la enfermedad y la muerte, sin remisión para el ofensor. Toda la raza de Adán debía morir. Vi entonces al amable Jesús y contemplé una expresión de simpatía y tristeza en su semblante. Luego lo vi acercarse a la deslumbradora luz que envolvía al Padre. El ángel que me acompañaba dijo: ‘Está en íntimo coloquio con el Padre’. La ansiedad de los ángeles era muy viva mientras Jesús estaba conversando con su Padre. **Tres veces** quedó envuelto por la esplendente luz que rodeaba al Padre, y **la tercera vez** salió de junto al Padre, de modo que ya fue posible ver su persona. Su semblante era tranquilo, exento de perplejidad y turbación, y resplandecía de amor y benevolencia inefable. Dijo entonces a los ángeles que se había hallado un medio para salvar al hombre perdido; que él había estado intercediendo con su Padre, y había obtenido el permiso de dar su vida como rescate de la raza humana y de tomar sobre sí la sentencia de muerte a fin de que por su medio pudiese el hombre encontrar perdón.

Al leer esto, se plantea una cuestión: Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que conocen el final desde el principio, debían saber que en algún momento el pecado iba a irrumpir en la familia humana de Adán. El pecado no fue algo que sorprendió a la Deidad.

Sin embargo, aquí vemos que, tras haber entrado el pecado en la tierra, Jesús ruega al Padre. Hemos leído cómo informo a los ángeles que había estado intercediendo, rogando a su Padre. Y hemos leído que no una vez ni dos, sino tres veces, fue al Padre para presentarle su petición.

Si el Padre hubiese accedido la primera vez a la petición de Jesús de ser hecho el portador del pecado, ¿habría habido razón por la que Jesús debiera regresar por una segunda y tercera vez? Si la primera vez hubiese quedado decidido, no habría habido más veces, y se habría podido informar a los ángeles tras la primera reunión. Pero

aparentemente fue necesario *persuadir* al Padre. Jesús tuvo que insistir a fin de poder ofrecerse como sacrificio por los pecados del mundo.

¿Qué debió significar entregar a su Hijo amado, para Aquel que tiene contados cada uno de nuestros cabellos, para Aquel a quien no pasa desapercibida ni la caída de un pajarillo en tierra, para Aquel cuya compasión no conoce límites?

A veces albergamos la idea de que el Padre es distinto al Hijo en su trato con nosotros. Lo percibimos como más distante, con menor ternura, incluso impasible, y hacemos una distinción entre la actitud de uno y otro.

Pero el pasaje que hemos leído nos dice otra cosa. Nos dice que cuando el pecado entró en el mundo, la dádiva de Jesús no fue algo maquinal, automático. El Padre tuvo una lucha terrible. Una lucha tan real, que tras oír a su Hijo, por dos veces el Padre despidió a Jesús para quedarse solo. ¿Qué podemos suponer que debió cruzar su mente de amor infinito?

Debió contemplar el trato que su Hijo tendría que sufrir. Debió observar toda la vida de Jesús en esta tierra. Debió ver a su Hijo en la encarnación, despojándose de su gloria y viniendo a hacerse un bebé indefenso a fin de ingresar en la raza humana, que es incapaz de ver el final desde el principio, de forma que sólo la fe permite avanzar por el largo y oscuro túnel: no porque veamos la luz al final, sino porque por la fe sabemos que la hay. Debió verlo en su relación con los padres terrenales a cuyo cuidado lo habría de dejar confiado. Lo debió ver aprendiendo en las rodillas de su madre la ley que él mismo proclamara anteriormente en el Sinaí. Debió verlo crecer y desarrollarse, pasar por la niñez y la adolescencia hasta llegar a la juventud y la vida adulta rodeado de ridículo, burla y desprecio.

Debió ver el principio del ministerio de Jesús. Su bautismo. Sus 40 días en el desierto. Sus terribles tentaciones allí. La selección de los discípulos. Debió ver cómo muchas personas sencillas del pueblo responderían aceptando con gozo su mensaje de salvación. Vio también la actitud de aquellos que reclamaban su condición de dirigentes espirituales —representantes de Dios— cómo finalmente arrastrarían al pueblo, y cómo su orgullo les llevaría a condenar y dar muerte a su Hijo, en nombre de un supuesto interés general y unidad de la nación (Juan 11).

Hasta las escenas finales, el Padre debió contemplar a su Hijo en la fortaleza del Espíritu. Durante la primera parte de la vida de Jesús y de su ministerio público, Jesús haría frente a todo ataque de Satanás en la seguridad de que el Padre estaba con él. En esa seguridad Jesús sería como una roca inquebrantable y saldría victorioso en cada conflicto.

Pero el Padre debió entonces contemplar el Getsemaní. Sería allí donde por vez primera Jesús comenzaría a experimentar la angustia desgarradora de la separación de su Padre. Ahora contempla a su Hijo, no como a la Roca inquebrantable, sino como a un ser indefenso en las manos de su enemigo despiadado y cruel. Ahora ve a su Hijo amado como a un manso Cordero que es llevado al matadero.

¿Qué sentiríais si uno de vuestros hijos os fuera secuestrado, para enfrentarse a la tortura y la muerte? Terrible, sin duda, pero por tanto tiempo como pudieseis mantener alguna comunicación con él, podríais darle la seguridad de que lo seguís queriendo. Pero imaginad ahora que queda interrumpido el contacto en el momento de su más extrema

necesidad e indefensión. No sólo eso: vuestro hijo percibe que sois vosotros quienes le habéis colgado el teléfono, que ya no queréis comunicaros más con él.

Vosotros sabéis que no es así, que amáis a vuestro hijo más que nunca. Pero ¿qué piensa el niño?

Cuando Cristo fue hecho el portador del pecado del mundo en Getsemaní y en el Calvario, quedó interrumpido ese contacto con su Padre del que tanto dependía. Para el Hijo resultaba terrible: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. ¿Qué debió ser para el Padre? Esa creo que debió ser la gran lucha del Padre en el cielo. Debíó observar el momento en el que su Hijo se sentiría totalmente abandonado, y ese pensamiento debíó quebrantar su corazón.

Finalmente, en el cielo Jesús se dirige al Padre por tercera vez para rogarle. Nos podemos preguntar si el Padre sintió alivio o congoja al recibir aquella tercera visita de su Hijo amado. Nuevamente Jesús ruega al Padre que le permita ser el sacrificio por tus pecados y los míos, por los pecados del mundo. Jesús ruega al Padre que le permita sufrir la muerte que te corresponde a ti y a mí, para que tú y yo podamos vivir eternamente. El Padre tiene que decidir a quién entregará. Sólo caben dos posibilidades, y son mutuamente excluyentes. ¿Entregará al mundo —te entregará a ti y a mí a la muerte eterna? ¿O entregará a su Hijo? ¿Permitirá que Cristo se entregue por tus pecados, o permitirá que te pierdas para siempre?

¿Cómo os sentiríais, si tuvieseis que abandonar a la muerte a uno de vuestros dos hijos a fin de poder salvar la vida del otro?

Acceder ahora al ruego de su Hijo significaba negarle en el Getsemaní su angustiada petición formulada en medio de la mayor agonía. En el Getsemaní, el Padre vio a Jesús aferrándose por tres veces a la tierra, rogándole no tener que beber la amarga copa de aquella separación de él, que su Hijo percibía como eterna. ¿A qué podía ahora aferrarse el Padre en el cielo? Ese era el Getsemaní del Padre, que como veis, no comenzó hace dos mil años, sino mucho antes.

Finalmente se tomó la decisión: “De tal manera amó Dios al mundo, que DIO a su Hijo unigénito”.

No se trata de un préstamo por 33 años y medio. Jesús es el don —el regalo— de Dios a todo hombre por y para siempre.

No es difícil imaginar al Padre y al Hijo fundidos en un abrazo eterno. Ese el “consejo de paz entre ambos a dos” del que escribió Zacarías (6:13).

Hasta el nacimiento de Jesús en la tierra, no debíó ser un tiempo de alegre fiesta en el cielo. ¡Cuánto habría dado el Padre para poder asegurar a su Hijo que mientras colgase de la cruz y se sintiera totalmente abandonado, él estaría realmente allí, a su lado! ¡Cómo desearía que en esos momentos su Hijo pudiera tener la seguridad de su amor! ¿Dónde estaría entonces el Padre? Esa era también la cruz de Padre.

El Salmo 18:4-11 es una descripción inspirada del Calvario: nos da detalles sobre Cristo y el Padre en la cruz, que no encontramos en el NT:

Me rodearon los lazos de la muerte y los torrentes de la destrucción me atemorizaron. Los lazos del seol [infierno] me han rodeado; me tendieron

redes de muerte. En mi angustia invoqué a Jehová y clamé a mi Dios. Él oyó mi voz desde su Templo y mi clamor llegó hasta sus oídos. La tierra fue conmovida y tembló; se conmovieron los cimientos de los montes y se estremecieron, porque se indignó él [ahora se refiere al Padre]. Humo subió de su nariz y de su boca fuego consumidor; carbones fueron por él encendidos. Inclino los cielos y descendió, y había densas tinieblas debajo de sus pies. Cabalgó sobre un querubín y voló; voló sobre las alas del viento. Puso tinieblas por su escondite, por cortina suya alrededor de sí: oscuridad de aguas, nubes de los cielos.

En esa densa oscuridad se ocultaba la presencia de Dios. Él hace de las tinieblas su pabellón y oculta su gloria de los ojos humanos. Dios y sus santos ángeles estaban al lado de la cruz. El Padre estaba con su Hijo (DTG 702).

En la cruz, el Hijo no sintió mayor angustia que el propio Padre. Ciertamente “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos hechos justicia de Dios en él” (vers. 21).

La presencia del Padre estaba velada, de forma que el Hijo no podía sentirla. Cristo había de morir el tipo de muerte del que nos salva: una muerte en la que no hay esperanza de resurrección ni seguridad alguna, sino sentimiento de lóbreguez y condenación plenas. Sólo por la fe había de transitar el valle de sombra de muerte. Sólo el amor supremo, no la esperanza de recompensa, pudo enfrentar y superar aquella experiencia.

¿Dónde está la presencia sostenedora de Dios en nuestros momentos amargos, en el día en que esas tinieblas tan densas ocultan de tu vista al Salvador y hacen que te sientas abandonado?

El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Romanos 8:32).

Antes de pensar en lo que hemos de sacrificar, en las renunciaciones que hemos de hacer para poder recibir a Cristo, meditemos en el coste del sacrificio, en el don del Cielo a fin de que tengamos la vida presente y eterna. Entonces no habrá sacrificio que no podamos asumir con buen ánimo.

Cuando ponemos los ojos en Jesús, cuando vemos lo que costó la dádiva del Hijo de Dios, nuestra carga se vuelve “ligera”, nuestro yugo, “fácil”. El amor de Cristo nos constriñe. El pecado pierde entonces su poder de atracción y engaño. Jesús nos limpia del pecado y nos restaura el ánimo decaído. Él dijo:

Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros (Juan 15:3-4).

Así termina la cita de Ellen White sobre Pablo:

Si alguna vez su ardor menguaba por un momento en la senda del deber, **una mirada a la cruz** le hacía ceñirse nuevamente los lomos del entendimiento y avanzar en el camino del desprendimiento. En sus trabajos por sus hermanos fiaba mucho en la manifestación de amor infinito en el

sacrificio de Cristo, con su poder que domina y constriñe { CE 217.3 } { MC
400.2; MH.500.5 } { OE 310.1; GW.293.1 } { 4TI 448.1; 4T.457.1 }

www.libros1888.com